

MARXISMO SI, MARXISMO NO

Dos noticias han llegado en estos días a nuestra Mesa de Redacción: una, la del discurso del presidente de la República de Alemania occidental -la capitalista-, Walter Scheel al XVI Congreso Mundial de Filosofía; otra la de la última conferencia de Obispos anglicanos de Lambeth, que es la reunión principal de la Iglesia anglicana. En ambos casos, el marxismo ocupa un lugar importante.

El presidente alemán dice, por ejemplo, "no hablaría yo aquí, creo, como presidente de un Estado de derecho, libre y social, si no hubiesen vivido y pensado hace muchos años hombres como Montesquieu, Rousseau o Karl Marx". Dice también que "las ideas de Marx determinan la vida de miles de millones de personas, y por cierto no sólo en los países socialistas". Continúa diciendo "Karl Marx puede considerarse también como el padre de muchas e importantes ideas, sin las cuales apenas sería posible comprender, por ejemplo, la realidad de este país -Alemania Occidental, que ahora tiene que revelar el marco- en la economía, la sociedad, la ciencia". Este éxito de Marx se debería a que abordó el problema más candente de su época, el problema social y a que en el marxismo alienta la esperanza de una solución. Claro está que el presidente alemán no es partidario del marxismo tal como se da históricamente sino que prefiere la democracia occidental. Pero se pregunta: "¿por qué tenemos que dejar a un alemán tan inteligente -Marx era alemán y no ruso- totalmente en manos de los marxistas?".

Por su parte, la Conferencia episcopal anglicana, donde se conserva la más clásica tradición británica, se fija en la gran atracción que despierta hoy el marxismo y lo atribuye a la pasión que el marxismo pone en el bienestar del pueblo y en el sentido que tiene de los pecados de la sociedad; asimismo en su convicción absoluta de que la historia tiene un objetivo, que se relaciona con la plenitud del hombre. Los obispos avisana a sus fieles que no rechacen como comunismo las críticas a la propiedad, al control y a la manipulación de la verdad y que no supongan que lo contrario del comunismo, el capitalismo, sea lo bueno y lo cristiano. Ven fallos en el marxismo como su ateísmo, su rechazo de la revelación, su sumisión de lo humano a lo económico, su odio de clases y su poco respeto a los disidentes. Pero en vez de dedicarse al rechazo del comunismo piensan que la Iglesia debería identificarse más con los pobres y sin voz a la par que exa-

minar su conducta con los ricos y poderosos.

Conviene conocer estas cosas para darse cuenta de la complejidad y universalidad del problema del marxismo. No vamos a decir ahora que el presidente de Alemania occidental, jefe además del partido liberar, es un intelectual inficionado del comunismo y con pretensiones subversivas. Ni vamos a decir que los prelados británicos son curas tercermundistas que han pasado por la escuela de Medellín. Y, sin embargo, si Walter Scheel hubiera dicho esto en la Plaza de la libertad nuestros periódicos hubieran pensado que era el presidente de Alemania oriental. Si el arzobispo de York hubiera dicho estas cosas en nuestra catedral nuestros medios de comunicación le hubieran considerado como político instigador y subversivo.

¿Por qué en vez de estas posturas infantiles, más propias de la mala Edad Media con sus censuras y excomuniones, no nos situamos en el siglo XX y utilizamos criterios más racionales? Ni el marxismo es Dios, ni el marxismo es el diablo. Es sencillamente una cosa muy importante de la que no se puede prescindir y que tiene cosas buenas y malas. Aquí en el país hay adoradores de Marx y hay también abominadores de Marx. Desde luego que éstos son peores que aquellos pues o están completamente engañados por no haber leído a Marx o están al servicio ciego del capital. Pero los adoradores harían bien en leer críticamente a Marx y en darse cuenta de que no es buena la aceptación de una biblia y un dogma seculares.

16-Oct. 78

